



Historias de Heródoto:
el encuentro entre Solón y Creso

María Araceli Laurence

araceli@topmail.com.ar

Universidad Nacional de Lomas de Zamora (Argentina)

Introducción.

A partir del siglo VI surge en Jonia una forma distinta de enfocar el mundo que se conoce como paso del mito al logos (paso del pensamiento mítico al racional). Se avanza hacia la comprensión objetiva de una legalidad en el curso natural de la existencia. Es a partir de esta modificación que surge la necesidad de explicar conceptos.

Este deseo de explicar tiene en Heródoto una base empírica, se apoya en fuentes. Sin embargo pese a que este autor responde a la idea jónica admite cosas que un historiador moderno no admitiría, como ejemplo de esto podríamos mencionar la necesidad de dar cuenta de los dioses como un concepto más.

Desde el comienzo mismo Heródoto nos informa cuál es la finalidad que persigue. Nos dice en el proemio:

(...) para que ni los sucesos de los hombres con el tiempo lleguen a extinguirse ni obras grandes y admirables -unas por helenos, otras por bárbaros realizadas- queden no celebradas (...)
(1994, p. 39)

Advertimos aquí la visión del hombre como punto central de su interés.

Según nos dice Werner Jaeger en *Paideia* toda la obra de Heródoto manifiesta su creencia en la inevitabilidad del destino.

Está convencido de que todo lo que sucede está predispuesto y debe ocurrir así; y dos veces afirma que la desgracia

necesariamente debería recaer sobre un hombre determinado y que tomó tal o cual pretexto para presentarse. (1993, p. 351)

Heródoto tiene el deseo de explicar pero, también, desea que su relato sea atractivo.

Si bien no dice que la historia tiene un sentido moral o útil para el futuro realiza una labor constante de moralización. Es, en este sentido, que podemos tomar la historia de Creso en la cual la intervención de los dioses, a través de sueños y oráculos, se une a la conducta del protagonista para desencadenar los acontecimientos.

Historia de Creso

La historia de Creso está ubicada en el Libro I, Heródoto nos la recuerda porque es el primero de los bárbaros que conquista algunos pueblos (jonios, eolios, dorios) y traba amistad con otros, (lacedemonios).

Este suceso nos muestra como algunos Estados sufren graves vicisitudes y pasan de ser muy grandes a ser muy pequeños. (L. I cap. 5). Heródoto nos habla directamente de “los ciclos de las cosas humanas” entendiendo por ello los altos y bajos de la fortuna, nos dice en el capítulo 207 del libro I:

(...) pero si has asumido que hombre también tú eres y gobiernas sobre otros semejantes, aprende en primer lugar aquello de que de los asuntos humanos existe un movimiento cíclico y que, al girar, no permite que siempre los mismos sean los afortunados. (1994, p. 156)

Encontramos algunos paralelos con la historia de Jerjes, personaje de la tragedia *Los Persas* de Esquilo.

En primer lugar, tanto en uno como en otro caso el oráculo les había anticipado los males.

En el caso de la tragedia:

La sombra de Darío- ¡Ay! ¡Cuán pronto vino el cumplimiento de los oráculos! En mi hijo ha hecho Zeus que se ejecuten los divinos anuncios. Imaginábame yo que los dioses habían de tardar largo tiempo en llevarlos a cabo; pero cuando el hombre corre desatentado a su destino, hasta el cielo se junta con él y le ayuda a despeñarse. (Esquilo, 1998, p. 67)

En el caso de Creso, Heródoto nos cuenta que su sufrimiento es el resultado de una acción llevada a cabo por uno de sus antepasados: Giges.

Según el historiador esto fue lo que pasó: Candaules quien poseía una esposa muy bella invita a Giges a verla desnuda, éste después de dudar unos momentos accede pero cuando la mujer lo descubre le da dos posibilidades o bien mata a su marido o él mismo será asesinado. Giges, sin escapatoria, da muerte a Candaules y se queda tanto con la mujer como con el poder, recordemos que esta historia aparece reflejada en el episodio del curioso impertinente en *Don Quijote de la Mancha*.

Lidios y heráclidas acuerdan en consultar al oráculo para saber a quien le corresponde ostentar el poder y la Pitia contesta que, si bien Giges podrá conservarlo, el castigo por sus actos recaerá en el quinto descendiente: Creso.

En este sentido, es interesante recordar la obra de Solón *Elegía a las musas* a la que nos referiremos a continuación:

Hay quienes escapan ellos mismos, y la moira de los dioses, que los persigue, no los alcanza; pero siempre llega más tarde:

pagan las acciones, siendo inocentes, o los hijos o la descendencia posterior. (p. 27)

Este autor aparece influyendo, claramente, tanto la obra de Heródoto como la de Esquilo.

Una de las ideas básicas de Solón es que el exceso conduce a la soberbia y ésta, a su vez, a la ruina. Se torna, de esta manera, imposible evitar el castigo.

Deseo tener bienes materiales, pero no quiero poseerlos injustamente: en todos los casos el castigo finalmente llega. La riqueza que acuerdan los dioses viene a ponerse al alcance del hombre como cosa duradera desde la base hasta la cúspide; en cambio la que los hombres persiguen por desmesura (hybris), no llega conforme con el orden debido, sino que, obedeciendo a acciones injustas, viene de mal grado, y pronto se mezcla con ella la perdición (áte).

En las elegías de Solón va a aparecer por primera vez la idea de conexión causal entre la desventura y la culpa del hombre. Dioses y hombres se unen en relación con la desdicha.

Tanto en *Los Persas* como en la historia de Crespo que nos cuenta Heródoto el dolor lleva consigo la fuerza del conocimiento. El orgullo desmedido no conviene jamás a los hombres.

Dice la sombra de Darío:

“No os ensoberbeczáis demasiado los que habéis de morir. De la flor de la soberbia sale luego la espiga del crimen; la mies que se coge es mies de lágrimas” (Esquilo, 1998, p. 70)

En *Historias* encontramos a Solón incluido como uno de los personajes de este relato si bien es cronológicamente imposible que esto haya sucedido.

Según W. Jaeger una de las ideas características del pensamiento de Heródoto es el “resentimiento” que los dioses profesan hacia aquel mortal que haya alcanzado demasiado poder y riqueza. Se infiere de esto la exhortación a la justa medida y el exacto equilibrio como una de las ideas fundamentales de la obra. Vuelve a aparecer nuevamente la idea de Solón sobre la “insaciabilidad del espíritu humano”.

En el capítulo 29 del libro I comienza el encuentro entre Solón y Creso.

El rey orgulloso de su poderío y convencido de ser el hombre más feliz de la tierra le pregunta a Solón quien es el más dichoso de todos, esperando ser halagado. A lo que se le responde que es Telo quien posee buenos y hermosos hijos y murió de manera honrosa. El rey le reitera la pregunta y Solón le da otros nombres: Cleobis y Bitón quienes tuvieron el mejor final de la vida ya que según el gobernante griego para el hombre es mejor estar muerto que vivir.

Le dice a Creso: “(...) es preciso considerar el final de todo asunto (...)”

El rey desprecia estas palabras y lo considera ignorante. En consonancia con este punto podemos mencionar a Hesíodo quien afirma:

Mas el que ni el desvío lo entendiere,
Ni tomaré del docto buen consejo,
Turbado tendrá el seso, y mientras fuere,
Será inútil en todo, mozo y viejo. (1997, p. 122)

Es, precisamente, a partir de este momento que una conjunción de conductas imprudentes por parte del rey y una serie de oráculos ambiguos desencadenan el desastre.

Solón en *Elegía de las musas* pone el acento en que la riqueza la otorgan los dioses. La otra riqueza aquella que es el fruto de acciones injustas y violentas acarrearán la maldición.

No hay para los mortales ningún límite definido del deseo de riquezas. Pues aquellos de nosotros que hoy tienen una vida mejor, se empeñan del doble: ¿Quién podría satisfacerlos a todos? Los inmortales conceden a los mortales sus riquezas, pero de ellos procede también la perdición (áte) que alcanza alguna vez a uno y otra vez a otro cuando Zeus la envía para expiación. (p. 27)

Esto lo podemos relacionar con lo sostenido por Hesíodo en *Los trabajos y los días*.

Dice Hesíodo en el proemio:

Pues Zeus altitonante que habita encumbradas mansiones fácilmente confiere el poder, fácilmente hunde al poderoso, fácilmente rechaza al ilustre y engrandece al ignorado y fácilmente endereza al torcido y humilla al orgulloso. (1997, p. 122)

Dichos conceptos son el núcleo del pensamiento ético-religioso hasta bien entrado el período clásico.

En relación con este punto podemos mencionar a Aristóteles quien en *Ética a Nicómaco* afirma que la felicidad sólo puede encontrarse en la virtud.

Cosa perfecta, pues, y por sí misma bastante, parece ser la felicidad, pues es el fin de todos nuestros hechos (...) (1984, p. 57)

La felicidad consistirá en cumplir perfectamente con la función propia del hombre: la actividad del alma racional. Sin embargo,

sucede que en el alma hay una parte irracional (los apetitos, la facultad de desear) que a veces puede ser dominada por la razón y a veces no.

Porque el vulgo juzga consistir la felicidad en alguna de estas cosas manifiestas y palpables, como en el regalo, o en las riquezas, o en la honra, y otros en otras cosas. (1984, p. 50)

Recordemos el afán de riquezas de Cresos.

Las virtudes éticas son definidas así por Aristóteles en el Libro II:

La virtud es un hábito de elección, consistente en una posición intermedia relativa a nosotros, determinada por la razón y tal como la determinaría un hombre prudente. Posición intermedia entre dos vicios, el uno por exceso y el otro por defecto. (1984, p. 84)

Dice Aristóteles que, en primer lugar para que en un acto haya valor moral debe haber elección; estos actos deben ser habituales y no excepcionales y es fundamental el término medio ya que en eso consiste la virtud. El término medio se debe determinar como lo haría un hombre prudente.

El capítulo X del Libro I hace expresa mención al episodio de Solón con Cresos.

Aristóteles nos recuerda la afirmación solónica "mirar el fin" y nos explica su alcance, no debe considerarse a nadie dichoso hasta la muerte, debido a la gran cantidad de sucesos que nos ocurren en vida. Si la felicidad dependiese de cosas de fortuna no podríamos decir que alguien es dichoso ni aún después de muerto porque no sabemos que les puede ocurrir a sus descendientes, el lugar que le asigna a la felicidad es el uso de la recta razón en el que de nada vale la fortuna.

(...) lo que es propio de la felicidad son los actos y ejercicios virtuosos (...) (1984, p. 64)

El dichoso, pues, actuará de manera que:

(...) siempre y muy continuamente hará y contemplará las obras de virtud y las cosas de la gran fortuna pasarlas ha muy bien y con muy gran discreción como aquel que es de veras bueno y de cuadrado asiento, sin haber en él que vituperar. ((1984, p. 64)

Lo antedicho lo podemos ver, claramente, en la historia de Cresos quien en forma repetida actúa como un hombre insensato, como ejemplo de este tipo de acciones podemos recordar sus consultas a los oráculos cuyas respuestas interpreta de manera precipitada.

Se manifiesta en esta historia una clara contraposición entre la mesura y la prudencia de los griegos encarnados en Solón y la propensión al exceso, especialmente, en el orden de lo material personificada en la figura de Cresos.

La riqueza para los asiáticos tiene un carácter individual es del rey no del pueblo. En Grecia todos aquellos que ostentan la condición de ciudadano son libres, entre los persas, por el contrario, el único libre es el rey.

Retomando las relaciones con la tragedia podemos decir que las acciones de Cresos están determinadas por su manera de ser al igual que las de Jerjes. Existe en ambos una tendencia a la desmesura.

En el capítulo 34 del libro I Heródoto nos cuenta que Cresos fue víctima de una terrible venganza porque creía que era el más dichoso de los hombres. La conjetura del autor es que la actitud ambiciosa del rey lo llevo hacia el drama.

La desgracia se anuncia a través de un sueño en el cual se le advierte a Creso la muerte de un hijo y pese a todos los recaudos su cumplimiento se tornará inevitable. Es el padre quien permite que su hijo se dirija al lugar donde encontrará la muerte y por otro es un mensajero quien le trae la mala noticia (recordemos que este tipo de escenas ocurrían fuera de la vista del espectador).

A la desdicha de perder a su hijo se suma la pérdida de su imperio.

Se unen en Creso dos razones para determinar la expedición a Capadocia:

—El deseo de expandir su territorio

—El deseo de venganza.

Esto se nos cuenta en el capítulo 73 del libro I:

Emprendió Creso la expedición a Capadocia por las siguientes razones: por querer, en su ansia de tierra, añadir más territorios al suyo propio, y principalmente por estar confiado en el oráculo y estar resuelto a castigar a Ciro por Astiages. Pues a Astiages, el hijo de Aciaxares, que era cuñado de Creso y rey de los medos, Ciro, el hijo de Cambises, después de derrocarlo, lo tenía bajo su dominio (...) (1994, p. 64)

Nuevamente aquí aparece un acto de desmesura y de falta de prudencia por parte de Creso que nos recuerda lo dicho por Solón: el deseo absurdo acarrea el castigo.

Creso es atacado por los persas y, finalmente, es tomado prisionero.

Ahora el rey se ha convertido en esclavo. Notamos hasta que punto este paso de la dicha a la desdicha ocasiona cambios. El orgullo lo

había cegado. Nuevamente aparece aquí un elemento trágico: la desgracia suele traer la lucidez.

Es ahora cuando comprende el sentido de lo dicho por Solón:

(...) había venido con anterioridad Solón que era ateniense y que, habiendo contemplado toda su dicha, la menosprecio, diciendo tales y tales cosas, y que todo le había sucedido precisamente como aquel le había dicho, no hablando en modo alguno para él más que para todo humano y sobre todo para los que en su interior creen ser dichosos. (1994, p. 89)

Ciro que había condenado a Creso a la hoguera cambia de opinión y decide salvarlo.

En relación con el papel que cumplen los dioses en esta obra podemos decir que se encuentran presentes en forma permanente a través de oráculos y sueños. En el capítulo 90 del Libro I Creso le pregunta a Ciro si podía preguntar "(...)si engañar a los que obran bien es su costumbre (...)”¹ ya que recordaba que animado por el vaticinio emprendió la expedición militar.

Al ser interrogada la Pitia contestó:

La suerte determinada por el destino es imposible evitarla incluso para la divinidad. Creso pagó una falta de su quinto ascendiente (...). A pesar de esforzarse Loxias porque en tiempo de los hijos de Creso tuviese lugar el castigo de Sardes y no en el mismo Creso, no fue capaz de desviar a las moiras. (1994, p. 91)

Conclusión.

Para terminar podríamos decir que para Heródoto la intervención divina es una de las causas del acontecer histórico. En esta historia se pone en evidencia cómo los oráculos divinos logran su propósito pese a que los hombres quieran eludirlos con proyectos e ilusiones.

Entre todos los dioses el más mencionado es Apolo. Según W. Jaeger, Heródoto es uno de los autores más profundamente influido por el espíritu délfico que alcanzó una fuerza educadora que se extendía más allá de los límites de Grecia. La inscripción de la puerta del templo consagrado a este dios: Conócete a ti mismo, constituye una exhortación a no perder de vista los límites del hombre, tema fundamental de este relato.

Bibliografía

Aristóteles, *Ética Nicomaquea*, Madrid, Editorial Gredos, 1995, (Traducción Julio Pallí Bonet).

Esquilo, *Tragedias*, Buenos Aires, Editorial Losada, 1998, (Traducción de Fernando Segundo Brieva Salvatierra).

Heródoto, *Historias*, Madrid, editorial Akal, 1994, (Traducción de Antonio González Caballo).

Hesíodo, *Los trabajos y los días*, Buenos Aires, Planeta Agostini, 1997, (Traducción de Aurelio Pérez Jiménez).

Jaeger, Werner, *Paideia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1993, (Traducción de Joaquín Xirau y Wenceslao Roces).

Solón, *Elegía a las musas*, (mimeo). (traducción de Eduardo Sinnott).

Waters, K. H., *Heródoto el historiador: sus problemas, métodos y originalidad*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

Nota.

[1] Ídem, p. 91.

© *María Araceli Laurence* 2004

Espéculo. Revista de estudios literarios. Universidad Complutense de Madrid

2010 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmesese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#). www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario